

# DOMINGO TERCERO DE PASCUA

## Lectura del santo Evangelio según san Juan

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

*Simón Pedro les dice: - Me voy a pescar.*

*Ellos contestan: - Vamos también nosotros contigo.*

*Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice:*

*- Muchachos, ¿tenéis pescado?*

*Ellos contestaron: - No.*

*El les dice: - Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.*

*La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro:*

*- Es el Señor.*

*Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron a la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: -Traed de los peces que acabáis de coger.*

*Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: - Vamos, almorzad.*

*Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado.*

*Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.*

*Después de comer dice Jesús a Simón Pedro: - Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*

*Él le contestó: - Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*

*Jesús le dice: - Apacienta mis corderos.*

*Por segunda vez le pregunta: - Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*

*Él le contesta: - Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*

*Él le dice: - Pastorea mis ovejas.*

*Por tercera vez le pregunta: - Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?*

*Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: - Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.  
Jesús le dice: - Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios.  
Dicho esto, añadió: - Sígueme.*

## **Palabra del Señor**

### **Homilías**

#### **(A)**

Durante estos domingos de Pascua vamos recordando cómo Jesús se apareció vivo a sus amigos y les devolvió otra vez la alegría y la esperanza. Los discípulos han vuelto a Galilea, y un día, Pedro, no sabemos si porque quería recordar sus tiempos de pescador o porque se aburría, dijo: “Me voy a pescar”.

Cuenta el evangelio que aquella noche la pesca se les dio mal. Al amanecer no habían pescado nada. Todavía no clareaba bien la mañana cuando alguien, desde la playa, les dice que echen la red a la derecha de la barca. La echaron y no tenían fuerzas para sacar la red llena de peces. El acontecimiento resultaba asombroso y extraño. Uno de la barca se dio cuenta de que aquello no ocurría por casualidad. En el hombre que estaba en la playa reconoció a Jesús y dijo: “Es el Señor”. Entonces Pedro se tiró al agua y fue nadando a donde estaba Jesús. Allí, sobre unas brasas, Jesús les estaba preparando algo de comer. Comieron contentos porque estaban disfrutando de que su Señor estuviera vivo entre ellos.

Estas cosas son las que cuenta el evangelio. Pero, como siempre, con todo esto algo nos quiere decir el Señor a nosotros, que estamos celebrando la gran fiesta de la resurrección. En nuestra vida y en nuestras comunidades cristianas también anda el Señor. Quizás nos pase a nosotros como a aquellos cristianos de la barca. No terminamos de reconocer al Señor, pero el Señor está. Además, Dios también nos habla desde las cosas que ocurren en la vida. Muchos acontecimientos llevan la marca o huella de Dios y nos transmiten su mensaje. A nosotros también nos puede parecer que las cosas ocurren por casualidad, pero no es así. Nuestro Dios no está ausente de nuestra vida. Es el Señor el que nos va sacando de nuestras

rutinas, el que nos implica en tareas bonitas, el que nos hace sensibles a los problemas de los demás, el que nos va descubriendo otros valores que antes no veíamos, y es también el que nos anima y nos da fuerzas para seguir. El Señor anda con nosotros y va cambiando nuestra vida. Creo que descubrir esa presencia misteriosa del Señor entre nosotros es también una experiencia muy bonita. No es algo que se sabe sólo con la cabeza. Es algo que se gusta, se saborea y se disfruta con el corazón.

Ahora nosotros podemos pensar que nuestras eucaristías también se parecen a aquel encuentro amistoso de Jesús con sus discípulos en la playa. Para no hundirnos en el cansancio o para encontrar nuevas fuerzas ante las dificultades, necesitamos esos momentos de estar con el Señor y sentirlo a nuestro lado. El Señor también nos reparte a nosotros su alimento, que es su Pan y su Palabra. por eso, de nuestras eucaristías salimos más contentos, más animados y con más fuerzas para seguir al Señor. A nosotros el Señor tampoco nos abandona.

## (B)

¿ME AMAS?

Esta pregunta que el resucitado dirige a Pedro nos recuerda a todos los que nos decimos creyentes que la vitalidad de la fe no es asunto de comprensión intelectual, sino de amor a Jesucristo.

Es el amor lo que permite a Pedro entrar en una relación viva con Cristo resucitado y lo que nos puede introducir también a nosotros en el misterio cristiano. El que no ama, apenas puede “entender” algo acerca de la fe cristiana.

No hemos de olvidar que el amor brota en nosotros cuando comenzamos a abrirnos a otra persona en una actitud de confianza y entrega que va siempre más allá de razones, pruebas y demostraciones. De alguna manera, amar es siempre “aventurarse” en el otro.

Así sucede también en la fe cristiana. Yo tengo razones que me invitan a creer en Jesucristo. Pero si le amo, no es en último término por los datos que me facilitan los investigadores ni por las explicaciones que me ofrecen los teólogos, sino porque él despierta en mí una confianza radical en su persona.

Pero hay algo más. Cuando queremos realmente a una persona concreta, pensamos en ella, la buscamos, la escuchamos, nos sentimos cerca. De alguna manera, toda nuestra vida queda tocada y transformada por esa persona, por su vida y su misterio.

La fe cristiana es “una experiencia de amor”. Por eso, creer en Jesucristo es mucho más que “aceptar verdades” acerca de él. Creemos realmente cuando experimentamos que él se va convirtiendo en el centro de nuestro pensar, nuestro querer y nuestro vivir.

Un teólogo tan poco sospechoso como K. Rahner no duda en afirmar que sólo podemos creer en Jesucristo “en el supuesto de que queramos amarle y tengamos el valor para abrazarle”.

Este amor a Jesucristo no reprime ni destruye nuestro amor a las personas. Al contrario, es justamente el que puede darle su verdadera hondura, liberándolo de la mediocridad y la mentira. Cuando se vive en comunión con Cristo es más fácil descubrir que eso que llamamos tantas veces “amor” no es sino el “egoísmo sensato y calculador” de quien sabe comportarse hábilmente sin arriesgarse nunca a amar con desinterés a nadie.

La experiencia del amor a Cristo podría darnos fuerzas para liberar nuestra existencia de tanta sensatez fría y calculadora, para amar incluso sin esperar siempre alguna ganancia, para renunciar al menos alguna vez a pequeñas y mezquinas ventajas a favor de otro.

Tal vez algo realmente nuevo se produciría en nuestras vidas si fuéramos capaces de escuchar con sinceridad la pregunta del resucitado: *“Tú, ¿me amas?”*

### (C)

Pedro vuelve a ocupar un lugar muy importante en las apariciones del Resucitado.

Pedro es una figura atractiva dentro del grupo de aquellos, en su mayoría pescadores, que dejaron un día las redes y siguieron al maestro. Era un hombre cordial, emotivo, apasionado, fiel discípulo de aquel Señor que le había mirado un día a los ojos y le había llamado. Es el hombre espontáneo, que manifiesta sus sentimientos con fuerza en el lavatorio de pies: «¿Lavarme tú los pies? Jamás». Pero si ello significa que no va a tener nada que ver con Jesús, dirá enseguida: «Señor, no sólo los pies, también las manos y la cabeza». Como suele suceder en los hombres de fuertes sentimientos, se derrumba cuando le van preguntando si era discípulo de Jesús. Y el valiente se vuelve cobarde, el presuntuoso tartamudea ante una simple criada.

Cada uno de nosotros tiene mucho de aquel Pedro... Incluso podría decirse que nuestro talante español, tan dado a los grandes entusiasmos y

los solemnes propósitos de vida, se siente especialmente cercano al hijo de Juan. Los evangelios subrayan dos miradas de Jesús sobre Pedro: después de la primera, Pedro dejó todo y siguió a Jesús; después de la segunda, Pedro «salió afuera y lloró amargamente». Ahí sin duda comenzó el cambio del corazón de Pedro. No lo dice el evangelio, pero es claro que siguió confiando en el perdón del maestro. Es lo que no hizo Judas, que no fue capaz de creer que Jesús le seguía llamando amigo. Y la nueva actitud de Pedro, más humilde y menos presuntuosa, eclosiona en el pasaje de hoy. Jesús le tiende una trampa cariñosa: «¿Me amas más que estos?». Y Pedro ya no se compara con nadie; su respuesta es ahora sencilla, brotando de lo mejor de su corazón: «Tú sabes que te amo... Tú sabes que te quiero».

Finalmente, entristecido ante la tercera pregunta: «Señor, tú sabes todo. Tú sabes que te quiero». Tú conoces mi negación, -- mi cobardía, mis sentimientos... Tú sabes que, desde la verdad de mi ser, a pesar de todo, te quiero.

La historia de Pedro es nuestra propia historia. Tantos compromisos, tantos propósitos de vivir de acuerdo con nuestra fe, incluso estableciendo comparaciones con los otros. Y tantas veces también, nuestras negaciones, nuestras huidas, nuestros fracasos... Ojalá sintamos siempre que, a pesar de todo, el Señor nos sigue mirando con cariño; ojalá lloremos amargamente y, sobre todo, ojalá podamos seguir diciendo, porque nos sentimos como medidos por la mirada de amor y de comprensión del maestro: «Señor, tú sabes todo. Tú sabes que yo te quiero».

(D)

Nuestro mundo está muy preocupado por la seguridad. Es normal. El instinto más básico es la búsqueda de la supervivencia o la seguridad de mantenernos en vida. Ese deseo o instinto es, sin duda, una de las motivaciones más fuertes de nuestros actos. Queremos estar seguros en el puesto de trabajo. Pero también queremos estar seguros del cariño de los que nos rodean o, al menos, de que los otros no son una amenaza para nuestra vida. Por eso, los países refuerzan sus fronteras y los particulares las cerraduras de sus casas. Queremos sentirnos seguros.

El problema es que nuestros esfuerzos no dan muchos resultados. Asegurarnos contra todas las amenazas roza los límites de lo imposible. Es caro, muy caro. Hay que pagar mucho para obtener unos resultados mediocres. Por mucho que se pague, ¿quién se puede proteger de los

desastres naturales? Y en el mundo de las relaciones personales renunciar a todos los riesgos significa renunciar a esas mismas relaciones. La soledad es un precio muy alto. Diría que por ahí no hemos encontrado la solución.

### ***Jesús propone un nuevo camino***

Jesús, como siempre, nos propone otro camino. Es paradójico. Va más allá de nuestra comprensión, pero abre nuevas posibilidades. Se trata de “confiar”. Así de sencillo. Pero así de valioso y verdadero porque Jesús es el que nos revela a Dios. Sus propuestas, por así decir, son las propuestas que Dios, nuestro Padre, nos hace.

Confiar es lo que hace Jesús, y Dios mismo, en el texto evangélico de este domingo. Los hechos están ahí: los discípulos habían abandonado a Jesús en el momento de la dificultad. El malo no fue sólo Judas. Pedro había negado tres veces conocer a Jesús y los demás habían salido todos corriendo. Todas son razones para que la presencia de Jesús resucitado les causara terror y temor. ¡Podía venir a cobrarse la deuda, a tomarse la revancha, a vengarse! Pero Jesús hace exactamente lo contrario. Les mira como si nada hubiese sucedido y les vuelve a preparar la mesa. Allí estaban el pescado en las brasas y el pan en la mesa. Volver a comer juntos era como decir que no había pasado nada, que Jesús comprendía su debilidad, que volvía a poner su confianza en ellos.

Ni siquiera hace falta volver a repetir aquello de “en adelante seréis pescadores de hombres”. Se da por supuesto. De nuevo los discípulos vuelven a pescar tantos peces que casi no pueden con la red. De nuevo Simón Pedro se deja llevar por el entusiasmo y salta de la barca. Pero esta vez no flaquea. Ha aprendido la lección. Para salir adelante y sobrevivir no tiene que buscar la fuerza en sus piernas sino en la gracia de Dios que le confirma y le reitera su confianza.

### ***Dios confía en nosotros***

Si los discípulos habían pensado que todo había sido un sueño, que no valía la pena volver a soñar con el Reino y que lo que tenían que hacer era volver a sus redes agujereadas y su vieja barca, el encuentro con Jesús les confirma que Dios sigue confiando en ellos. Con otras palabras: no es la fe de los discípulos la que construye la Iglesia sino la fe y la confianza que Dios mismo pone en ellos –y en nosotros–.

Los discípulos de Jesús no encontramos nuestra seguridad en la conciencia de que somos buenos porque la realidad es que no somos

mejores que los demás. Nosotros hemos experimentado que Dios ha fijado su vista en nosotros, que nos ha mirado con su gracia –una mirada que sabemos que es para todos los hombres y mujeres, creyentes y no creyentes–. Jesús resucitado nos ha invitado a comer con él –lo hace cada día en la Eucaristía– y cada día nos reitera su confianza. Sentimos que Dios cree en nosotros y eso nos hace sentirnos seguros y fuertes para confiar también nosotros en los demás, para anunciar el mensaje de la reconciliación, del perdón, de la misericordia para todos. Sin excepciones. Y así y sólo así, solucionamos la búsqueda de la seguridad no a través de la desconfianza sino de la confianza. Sólo tendiendo la mano al hermano construimos un mundo más seguro, nunca cerrando el puño.

### (E)

El encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos junto al lago de Galilea está descrito con clara intención catequética. En el relato subyace el simbolismo central de la pesca en medio de mar. Su mensaje no puede ser más actual para los cristianos: sólo la presencia de Jesús resucitado puede dar eficacia al trabajo evangelizador de sus discípulos.

El relato nos describe, en primer lugar, el trabajo que los discípulos llevan a cabo en la oscuridad de la noche. Todo comienza con una decisión de Simón Pedro: «Me voy a pescar». Los demás discípulos se adhieren a él: «También nosotros nos vamos contigo». Están de nuevo juntos, pero falta Jesús. Salen a pescar, pero no se embarcan escuchando su llamada, sino siguiendo la iniciativa de Simón Pedro.

El narrador deja claro que este trabajo se realiza de noche y resulta infructuoso: «aquella noche no cogieron nada». La «noche» significa en el lenguaje del evangelista la ausencia de Jesús que es la Luz. Sin la presencia de Jesús resucitado, sin su aliento y su palabra orientadora, no hay evangelización fecunda.

Con la llegada del amanecer, se hace presente Jesús. Desde la orilla, se comunica con los suyos por medio de su Palabra. Los discípulos no saben que es Jesús. Sólo lo reconocerán cuando, siguiendo dócilmente sus indicaciones, logren una captura sorprendente. Aquello sólo se puede deber a Jesús, el Profeta que un día los llamó a ser "pescadores de hombres".

La situación de no pocas parroquias y comunidades cristianas es crítica. Las fuerzas disminuyen. Los cristianos más comprometidos se multiplican para abarcar toda clase de tareas: siempre los mismos y los mismos para todo. ¿Hemos de seguir intensificando nuestros esfuerzos y buscando el rendimiento a cualquier precio, o hemos de detenernos a cuidar mejor la presencia viva del Resucitado en nuestro trabajo?

Para difundir la Buena Noticia de Jesús y colaborar eficazmente en su proyecto, lo más importante no es "hacer muchas cosas", sino cuidar mejor la calidad humana y evangélica de lo que hacemos. Lo decisivo no es el activismo sino el testimonio de vida que podamos irradiar los cristianos.

No podemos quedarnos en la "epidermis de la fe". Son momentos de cuidar, antes que nada, lo esencial. Llenamos nuestras comunidades de palabras, textos y escritos, pero lo decisivo es que, entre nosotros, se escuche a Jesús. Hacemos muchas reuniones, pero la más importante es la que nos congrega cada domingo para celebrar la Cena del Señor. Sólo en él se alimenta nuestra fuerza evangelizadora.

**P. Juan Jáuregui Castelo**